

ALBERTO DOU, SIMPLEMENTE

Alberto PÉREZ DE VARGAS

CES Cardenal Cisneros

Universidad Complutense

Mi intervención ante este querido auditorio, distinguido por no pocas causas, debe ser muy breve y limitarse a lo anecdótico, acaso permitiéndome alguna pequeña licencia valorativa. Las circunstancias y la prudencia intelectual aconsejan proceder de este modo. En este recuerdo cariñoso de nuestro fundador y presidente durante un cuarto de siglo, que tiene para nosotros el sentido de un homenaje a su figura, excepcional desde todas las ópticas, han tomado la palabra nada menos que Jesús Ildefonso Díaz, discípulo suyo, a mi juicio el más brillante de cuantos lo han sido, y su sucesor en la cátedra, y Camino Cañón, discípula que mantuvo con el maestro, más que muchos, una proximidad larga y rica. Yo fui alumno de Alberto Dou pero no discípulo; es más, anduve hasta mucho después de acabar la carrera, lejos de su entorno. Incluso hubo un tiempo en que no debió, a juzgar por algunos síntomas, de tenerme en muy buena consideración. Me reencontré con él precisamente aquí en el seno de esta querida sociedad hasta la que me condujo mi amistad con el inolvidable teólogo jesuita Ricardo Franco que me invitó a participar en aquella primera reunión abierta de Pedreña, en el mes de septiembre de 1981, que sería el precedente de ASINJA.

Yo procedo del extremo sur de la provincia más meridional de la España peninsular. Hoy estamos aquí cuatro gaditanos, lo que significa una presencia relativa más que notable. Allá la gente se comporta con lo que yo llamaría «inocencia lógica». Se razona con una

admirable sencillez y una gran dosis de ingenio, y se concluye de tal modo que lo que se concluye es indiscutible. En Cádiz capital, hace unos días han puesto un rotulo en una casa vieja y descuidada, en el que se anuncia su venta; junto al habitual «se vende» alguien ha escrito «a que no». Estudié en el Instituto de mi pueblo, Algeciras, una vieja institución de la enseñanza pública en tiempos de no pocas carencias. Las familias de más posibles que la mía enviaban a sus hijos a los internados de los jesuitas de «El Palo», en Málaga, o al de los marianistas de «San Felipe Neri», en Cádiz. Para los que nos quedábamos en Algeciras, la orden religiosa más familiar eran los salesianos que llegaron por allí durante el conflicto bélico de 1936. De los jesuitas teníamos noticias por «El Palo», el colegio adonde iban a estudiar los niños bien, y por las veces que habían supuesto una referencia en las clases de Historia. Aquello de la «expulsión de los jesuitas» nos sonaba a importante.

Por entonces, los primeros años cincuenta, la gente que buscaba el modo de salir laboralmente adelante no descartaba emigrar a Cataluña. La industria era un horizonte a alcanzar para los que trabajaban en una estructura social muy ligada a la agricultura y a la pesca. En cuanto a los paradigmas del triunfo profesional, había que pensar en ser ingeniero, sobre todo de caminos, si te daba por las ciencias, o en ser registrador o notario si optabas por las letras. La Universidad era un sueño. Debo confesar que soy bastante romántico e idealista, de modo que todo lo desconocido que me proyecta hacia el futuro, me parece eso: un sueño. La Universidad era «La casa de la Troya», la gran ciudad, la aventura que significaba vivir fuera de tu casa familiar, la proyección, en fin, a un mundo más grande y sugestivo de lo que podía imaginarse un muchacho de un pueblo alejado de las ciudades universitarias, de los grandes núcleos culturales. Estudié un año en Sevilla y luego tuve que marchar a Madrid, Matemáticas no estaba disponible por debajo del paralelo de la capital de España.

He de contar estas cosas ligadas a mi vida personal para poder dar una idea de lo que para mí significó encontrarme en Madrid con la Universidad y con un profesor que era al mismo tiempo, catalán, jesuita e ingeniero de caminos. Sentí como si la variable tiempo se hubiera acelerado trasportándome a un nuevo espacio al que estaba llamado a pertenecer. Mi encuentro con el profesor Dou se fraguó en un aula de gran capacidad con unas pizarras inmensas que disponían de un mecanismo para solaparlas y desplazarlas en sentido

horizontal y vertical. En un escenario plástico tan grande y dinámico, no era sorprendente que en las clases de geometría se nos perdiese con frecuencia la recta del infinito. Dou acababa de volver de Nueva York donde había hecho una estancia de unos meses. Su marcado acento catalán y los restos del inglés, hacían difícil saber en qué idioma hablaba. La sotana le servía a veces para borrar inadvertidamente lo que acababa de escribir en la pizarra.

Al salir de la primera clase le dije a un compañero: se entiende bastante bien el catalán, ¿pero si ha hablado en castellano! me contestó sorprendido. Decididamente, Dou era un elemento nuevo, distinto entre los de la clase discente a la que estaba habituado. Una cosa bien distinta: insólita entre mis experiencias. Las Ecuaciones Diferenciales, el Análisis Matemático III, estaba en tercero, de modo que yo ya tenía un cierto recorrido universitario. Sin embargo y aunque el profesorado de la Facultad no era nada común, Dou me parecía peculiar, mucho más que singular, se trataba, a mi modo de ver, de una personalidad especialmente relevante, aun estando yo todavía lejos de poder apreciar sus cualidades científicas y sobre todo, sus cualidades humanas. Debo añadir que para un joven de pueblo que está empezando a descubrir casi todo lo que va a configurar su futuro, eso de percibir la existencia de una dimensión intelectual como la del padre Dou, era un sentimiento formidable. Estudioso de la filosofía y de la teología, ingeniero de caminos y matemático eran factores que anunciaban; como decía Ildefonso en su necrológica publicada en el diario «El País», emulando el título de una conocida película; una mente maravillosa. Y esa mente había conducido a su poseedor al sacerdocio. Personificaba, a mi entender como católico, un testimonio de vida impresionante.

La situación de la Matemática española dejaba mucho que desear en mis tiempos de estudiante. Madrid era una de las cuatro Facultades de que disponíamos en España y entre ellas en Santiago sólo podía cursarse hasta tercero. En mi promoción, en Madrid, éramos una veintena de estudiantes. Las dos columnas del currículo académico de la licenciatura en Matemáticas lo constituyen, como es natural, los Análisis Matemáticos y las Álgebras y Geometrías, las materias de esta última columna estaban medianamente bien atendidas, pero la debilidad de las primeras era muy notable, no ya por deficiencias asociadas al profesorado sino por circunstancias diversas. Los Análisis de los últimos cursos no contaban con buenos especialistas y el Análisis II; es decir la Teoría de Funciones, mate-

ria fundamental para la formación de un matemático; era impartida por un gran científico, discípulo directo de Julio Rey Pastor, el profesor San Juan Llosá, que tenía muy mala salud, sus ausencias se alternaban con clases apoyadas en intervenciones de los propios alumnos. En este panorama, la figura de Alberto Dou estaba fuera de contexto, en realidad era el único de nuestros profesores que podría ser homologado a los de este tiempo actual en el que el desarrollo de la Matemática española sitúa a no pocos de nuestros especialistas entre los primeros del mundo.

Pero no hay que limitarse a esta observación objetiva porque aparecía un insólito y desconocido valor añadido que a mí me resultaba especialmente admirable. Dou se interesaba por la Historia de la Matemática y por la Lógica, precisamente Camino Cañón hizo su tesis doctoral, dirigida por Dou, en este ámbito de conocimientos, y hubo compañeros que pudieron hacerlo en Historia guiados igualmente por Dou. No había otro caso semejante en ninguna otra parte de nuestra geografía universitaria. La cultura científica de Dou y su disposición abierta ante el conocimiento era de una dimensión incomparable. Su modo de entender la Universidad se adelantaba en decenios a la práctica totalidad de sus semejantes contemporáneos. Y algo más, a su alrededor se percibía un sentido de la libertad de pensamiento nada frecuente en aquellos años.

Alberto Dou i Mas de Xexas, catalán, jesuita e ingeniero de caminos, era realmente un hombre excepcional, irreplicable, inimitable. Sólo fui alumno suyo, un alumno de poca importancia. No me esperaba que la vida me diera la oportunidad de compartir con él muchas conversaciones y encuentros en el seno de ASINJA. Como matemático anduve por otros derroteros, de modo que le conocí desde una perspectiva inhabitual siendo como éramos jugadores del mismo juego. Me hizo mucho bien convivir con Dou unos días cada año, escucharle y compartir con él no pocas inquietudes y esperanzas.